

El traje de los presidiarios es de rayas, en rosa y blanco. Ya que, porque el universo en que me complazco me lo dictó el corazón, lo elegí, cuento al menos con la potestad de hallar en él los numerosísimos sentidos que deseo: *existe, pues, una relación estrecha entre las flores y los presidiarios*. La fragilidad, la delicadeza de aquéllas son de igual naturaleza que la brutal insensibilidad de éstos.\* Caso de tener que retratar a un presidiario —o a un criminal— lo ornaré con tantas flores que, al desaparecer bajo esas flores, se convertirá también en flor, gigantesca, nueva. Hacia eso que llaman el mal, llevé adelante, por amor, una aventura que me condujo a la cárcel. Aunque no siempre son apuestos, los hombres consagrados al mal poseen virtudes viriles. Con conocimiento de causa, o porque algún accidente decidió por ellos, se hunden, lúcidamente y sin quejas, en un elemento reprobador, ignominioso, semejante a aquel en que, si es hondo, arroja el amor a los seres.\*\* Los juegos eróticos descubren un mundo indecible, que se desvela en el lenguaje nocturno de los amantes. Lenguaje tal no se escribe. Se susurra de noche al oído, con voz ronca. Al amanecer, se olvida.

\* Mi emoción es el vaivén que va de aquéllas a ésta. (Salvo indicación contraria, las notas son del autor.)

\*\* Me refiero al presidiario ideal, al hombre en que se dan todas las *virtudes* del penado.

Cuando niegan las virtudes de vuestro mundo, los criminales acceden desesperadamente a organizar un universo prohibido. Acceden a vivir en él. Hay en él un aire nauseabundo: saben respirarlo. Pero —los criminales os caen lejos—, como en el amor, se apartan y me apartan del mundo y de sus leyes. El mundo de ellos huele a sudor, a semen y a sangre. Les brinda, en última instancia, la abnegación a mi alma sedienta y a mi cuerpo. Porque cuenta con esas condiciones de erotismo es por lo que me empeiné en el mal. Esta aventura mía, que en modo alguno obedeció ni a la rebeldía ni a la reivindicación, no será hasta el día de hoy sino un prolongado apareamiento, recargado, que complica un denso ceremonial erótico (ceremonias figurativas, que conducen a presidio y lo anuncian). Si bien es la sanción, y para mí también la justificación, del crimen más inhumano, será el signo del envilecimiento extremo. Este punto definitivo al que conduce la reprobación de los hombres no podía por menos de aparecerseme como el lugar ideal de la más pura armonía amorosa, es decir, la más turbia, donde se celebran ilustres bodas de ceniza. Puesto que deseo contarlas, utilizo aquello que me proporciona la forma de la más exquisita sensibilidad natural, aquello que ya sugiere el traje de los presidiarios. Además de por su colorido, la tela evoca, por su rugosidad, ciertas flores cuyos pétalos son ligeramente velludos, detalle suficiente para que asocie, con la mayor naturalidad, a la idea de fuerza y de vergüenza, las de valioso y frágil. Esta comparación que me documenta sobre mí mismo no le resultaría palmaria a otra mente; la mía no puede evitarla. Ofrecí, pues, a los presidiarios mi ternura, quise llamarlos con nombres encantadores, designar sus crímenes, por pudor, con la más sutil metáfora (bajo cuyo velo no habría ignorado los suntuosos músculos del asesino, la violencia de su sexo). ¿No es acaso mediante esta imagen como prefiero imaginármelos en Guayana: los más fuertes, en celo, los más

«duros», bajo el velo de tul del mosquitero? Y cada flor me produce una tristeza tan solemne que todas deben significar la pesadumbre, la muerte. Busqué, pues, el amor en función del presidio. Cada una de mis pasiones me hizo esperarlo, entreverlo, me ofrece criminales, me ofrece a ellos o me invita al crimen. Mientras escribo este libro, están volviendo a Francia los últimos presidiarios. Nos lo anuncian los periódicos. El heredero de los reyes siente un vacío semejante si la república lo priva de la ceremonia de la consagración. El final del presidio nos impide llegar con nuestra conciencia viva a las míticas regiones subterráneas. Nos han despojado del más dramático desplazamiento: nuestro éxodo, el embarco, la procesión por el mar, que se llevaba a cabo con la cabeza gacha. El retorno, esa misma procesión en dirección contraria, no tienen ya sentido. En mí, la destrucción del presidio corresponde a una especie de castigo del castigo: me castran, me extirpan la infamia. Sin que les preocupe decapitarles los nimbos a nuestros sueños nos despiertan antes de tiempo. Los penales tienen su poder: no es el mismo. Es menor. La gracia elegante, algo lánguida, está desterrada de ellos. La atmósfera es tan densa que hay que arrastrarse. Hay que reptar. Los penales son más rígidos, oscuros y severamente eréctiles; la grave y lenta agonía del presidio era una florescencia más perfecta de la abyección.\* Por fin, henchidos ahora de varones malvados, los penales están negros de ellos como de una sangre cargada de gas carbónico. (Escribo «negro». El traje de los detenidos —cautivos, cautividad, e incluso presos, palabras demasiado nobles para nom-

\* Hasta tal punto siento su abolición como una pérdida que, en mí mismo y para mí solo, secretamente, recompongo un presidio peor que el de Guayana. Añado que de los penales se puede decir «a la sombra». El presidio está al sol. Todo transcurre bajo una luz cruel y no puedo por menos de escogerla como símbolo de la lucidez.

brarnos— me obliga a ello: es de estameña parda.) Hacia ellas irá mi deseo. Sé que a menudo se manifiesta en presidio o en la cárcel una apariencia burlesca. Sobre el pedestal macizo y sonoro de los zuecos, los castigados resultan siempre un tanto menudos. Las siluetas se encorvan tontamente al tirar de las carretillas. Frente a un boqui, agachan la cabeza y tienen en la mano el ancho sombrero de bálago —que adornan los más jóvenes, así lo querría yo, con una rosa robada que les concedió el boqui— o una boina de estameña parda. Se quedan en una postura de miserable humildad. (Si les pegan, algo en ellos, sin embargo, debe de encrespase: al cobarde, al bellaco, a la cobardía, a la bellaquería —en el estado de más dura, más pura cobardía y bellaquería— los endurece un «temple» como el hierro dulce se endurece al templearlo.) Se obstinan en el servilismo, no tiene importancia. Mi ternura engalana a los más apuestos criminales, aunque no olvido a los contrahechos, a los descoyuntados.

—Mucho ha tenido que vacilar el crimen —me digo— antes de culminar en el perfecto éxito que representan Pilorge o Ange Soleil. Para rematarlos (¡la palabra es cruel!) fue preciso el concurso de numerosas coincidencias: a la hermosura del rostro, a la fuerza y elegancia del cuerpo habían de sumarse la afición por el crimen, las circunstancias que hacen al criminal, la fuerza moral capaz de aceptar tal destino, el castigo, en fin, la crueldad de éste, la cualidad intrínseca que permite al criminal resplandecer ante él, todo ello bajo el palio de oscuras regiones. El héroe combate contra la noche y la vence, pero conserva algunos jirones de ella. La misma vacilación, la misma cristalización de venturas preside el éxito de un policía puro. A ambos los quiero con ternura. Pero si amo su crimen es por lo que conlleva de castigo, «de pena» (pues no puedo suponer que no la hayan vislumbreado. Uno de ellos, el ex boxeador Ledoux, contestó sonriendo a los inspectores: «Antes de cometerlos es cuando habría

podido lamentar mis crímenes») y en esa pena quiero acompañarlos para que, en cualquier caso, se vean colmados mis amores.

En este diario no quiero ocultar las demás razones que me hicieron ladrón, la más simple de las cuales fue la necesidad de comer; sin embargo, en mi elección no intervinieron jamás la rebeldía, la amargura, la ira ni cualquier otro sentimiento parecido. Con maniático esmero, «celoso esmero», preparé mi aventura como se prepara un lecho, una habitación para el amor: el crimen me enceló.